

IN MEMORIAM
JORGE PÁRAMO POMAREDA
(1928-2001)

LAURA ALMANDÓS MORA

*οἴη περ φύλλων γενεὴ τοίη δὲ καὶ ἀνδρῶν.
φύλλα τὰ μὲν τ' ἄνεμος χαμάδις χέει, ἄλλα δὲ θ' ἴλη
τηλεθώσα φύει, ἔαρος δ' ἐπιγίγνεται ὥρη
ὡς ἀνδρῶν γενεὴ ἢ μὲν φύει ἢ δ' ἀπολήγει.*

Como el linaje de las hojas, tal es también el de los hombres. De las hojas, unas a tierra el viento, y otras el bosque hace brotar cuando florece, al llegar la sazón a la primavera. Así el linaje de los hombres, uno brota y otro se desvanece.

Homero, *Iliada*, VI, 146-49.

El profesor Páramo fue ante todo un erudito. Instruido en muchas artes, ciencias y lenguas, contestaba con gran generosidad a colegas y alumnos preguntas que iban desde la etimología de alguna palabra o la precisión de un hecho histórico lejano al uso de alguna función del computador o a aclarar algún concepto lógico-matemático. Su saber era amplio y profundo en muchas disciplinas y su erudición estaba al alcance de la mano de los que lo conocíamos en la Universidad. Además de un erudito fue un gran maestro. Generoso con todo lo que tenía, daba con prodigalidad su más valioso tesoro:¹ su saber.

Lo conocí en 1985 en la Universidad de los Andes y el capricho de la sincronía hizo que los dos nos despidiéramos de este lugar que propició nuestro encuentro en diciembre de 1993. Ingresé a los Andes a completar la carrera de Filosofía gracias a una larga suspensión de labores académicas de la Universidad Nacional.

El Profesor Páramo se había vinculado a los Andes en 1980 después de su retiro involuntario del Instituto Caro y Cuervo, institución en la que había estudiado y trabajado por treinta años, de 1949 a 1979. El Caro y Cuervo fue el ámbito académico y editorial en que se formó y maduró nuestro maestro. Tuvo a su cargo muchas de las cuidadas publicaciones que le han valido gran fama al Instituto en todo el continente. Allí fue jefe del departamento de Filología Clásica y del departamento de Lingüística General. También fue profesor universitario

¹ La metáfora de los tesoros que heredamos hijos y amigos es de Aquiles Páramo en "Palabras en Homenaje a mi padre" pronunciadas el 5 de enero 2001 en Los Jardines de Paz el día de las exequias.

en sus años mozos: entre 1952 y 1956 enseñó griego en la Universidad Nacional.

En los Andes tenía a su cargo los cursos de griego antiguo y Lingüística, dos de sus grandes pasiones. Además preparaba seminarios, que no se repetían nunca, sobre temas más especializados. Recuerdo que el último de éstos fue sobre la historia de Bizancio y están vivos en mi memoria los dos seminarios de griego a los que asistí con interés. Uno sobre el poema de Parménides en que estudiamos el texto griego del filósofo y evaluamos algunas traducciones conocidas a nuestra lengua. El otro de los seminarios, pensado para los estudiantes que habían completado los cursos de griego, fue sobre unas líneas de Homero: *Odisea* IX, 82-104.² El poeta narra la llegada de Odiseo al país de los lotófagos, unos seres que comiendo loto vivían en una felicidad fraguada por la ingestión del fruto. Los visitantes que probaban el manjar olvidaban para siempre la angustia, el dolor (*algía*) por volver a la casa (*nostos*); sólo deseaban seguir comiendo loto. Odiseo se resistió a vivir una felicidad casi química en que estaba ausente la *nostalgia*, el dolor de la propia pertenencia, de la casa paterna, del pasado.

Fueron horas en que nos deteníamos a analizar las consecuencias de un plural, la extensión de una vocal para fines de la métrica y la ejemplificación, en el texto, de las enmarañadas leyes de la sintaxis griega. El Profesor Páramo nos conducía por el laberinto de las gramáticas y las etimologías con envidiable claridad pedagógica. Viajábamos con él por los lugares que habían recorrido las palabras y nos mostraba sus transformaciones: de la semántica de un término griego éramos conducidos al latín, al arameo, al indoeuropeo, al sánscrito, al griego de las tablillas micénicas, al hebreo... Palabras y cosas se movían en el mundo antiguo, pasaban de una cultura a otra, mutaban, se transformaban. Nuestro maestro tenía la prudencia de no suponer ningún conocimiento previo de su auditorio. Para hacer un escrito comprensible empezaba siempre de cero e iba agregando metódicamente elementos nuevos que hacían cada vez más rico y complejo un texto.

Del Profesor Páramo aprendimos su pasión por la exactitud de las palabras, la importancia de saber nuestra lengua y de escribir bien. Tuve el buen tino de elegirlo como director de la tesis de pregrado, y la experiencia de haber trabajado con su asesoría, más de diez años atrás, aún sigue enseñándome. Como todo lo que hacía, ponía el mayor empeño en esta labor del docente universitario. Que el estudiante hiciera un buen escrito era su afán. Su dedicación, inteligencia y tiempo los ponía a disposición de los intereses del estudiante. Sin embargo, tenía claro que era el trabajo del joven y no intervenía para nada en definir enfoques, teorías o rumbos. Su experiencia de editor se palpa-

² Cf. "El loto de *Odisea*". En: *Texto y contexto*. Bogotá: Uniandes, 1992.

ba en la dirección de una tesis, que no era para él un mero requisito formal para optar un título, sino la elaboración de un libro. No dejaba nada de lado: explicaba con paciencia infinita por qué una oración era incomprensible o una idea estaba mal formulada y documentaba al estudiante con una información de calidad sorprendente en una ciudad que adolece de bibliotecas.

No quiero terminar estas líneas sin recalcar que el Profesor Páramo fue un ser humano excepcional, no sólo por lo que sabía sino por lo que era. Cuando comencé a dar clases en los Andes estuvo muy pendiente de lo que hacía, conversábamos muchas horas de los temas que yo trataría con los estudiantes y de otros, no tan académicos, relacionados con el oficio de profesor. Hoy reflexiono sobre su actitud como un acto de responsabilidad no sólo hacia mí, sino hacia las generaciones futuras que de alguna manera se ponían en mis manos. En general, la gente comienza una carrera docente sin haberlo hecho nunca y sin ningún soporte. Tuve el privilegio de contar con un maestro que como colega reunía la inusual amalgama de ser tan crítico como estimulante.

Tenemos tanto de lo mucho que nos dio Jorge Páramo que durarán sus tesoros mientras duren nuestras cortas vidas. De ahora en adelante, sin embargo, la nostalgia nos embargará cuando lo recordemos, querremos volver a la casa paterna, que está en nosotros y que, a la vez, se ha perdido para siempre. Aún en la enorme alegría de haberlo tenido, no podremos evitar, a veces, que se nos quiebre la voz y se nos empañen los ojos, aunque, como Odiseo, continuemos el viaje con la nostalgia a cuestas.